



María Fernanda Ampuero

Pelea de gallos

María Fernanda Ampuero

Pelea de gallos



María Fernanda Ampuero, *Pelea de gallos*
Primera edición digital: marzo de 2018

ISBN epub: 978-84-8393-613-9

© María Fernanda Ampuero, 2018
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2018

Colección Voces Literatura 255

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Todo lo que se pudre forma una familia
Fabián Casas

¿Soy un monstruo o esto es ser una persona?
Clarice Lispector

CORO

Hay un tiempo para hablar y otro para hacer. Hace mucho que estas mujeres renunciaron a lo segundo. El chisme pasea como un fantasma por cada una de sus habitaciones interiores. Las alfombras ya no están de moda, así que en el suelo de porcelana se reflejan los relojes, los apliques de los bolsos, las manicuras francesas, los dientes que, de tanto asomar, parecen amenazantes. Besos, cumplidos, besos, cumplidos. Una mirada de arriba abajo a quién ha engordado, envejecido, elegido mal la ropa: suele ser la misma persona. La casa nueva de María del Pilar, Pili, es todo lo que se espera de ella: enorme, climatizada, monocromática, cara. Tal vez más grande, pero igual a la de las otras. Aun así, se hace el recorrido, una conga de halagos, por los cuartos que huelen a sintético, a nuevecito. La ropa de cama, de percal blanco, alguna línea gris, comprada toda en Estados Unidos, el walking closet es un catálogo, la gracia de que el baño, gigantesco, tenga dos espejos, dos lavamanos, dos retretes, dos bañeras.

—¿Ya la hiciste bendecir?

La pregunta no hace ninguna gracia a María del Pilar, Pili, que piensa que ahora es momento de efervescer en alabanzas, su momento, así que se vuelve a Verónica y le dice muy lento que no, que todavía no y la sonrisa se le queda plastificada en la boca, como si le hubieran dibujado una sonrisa por encima de la mala cara. Verónica dice que una casa sin bendecir es como un bebé sin bautizar, que es más vulnerable al mal de ojo. Se da cuenta de que la miran con desprecio y recula: yo no creo en esas cosas, ya saben, pero eso dicen. Pronuncia las palabras con un falso acento de la calle que hace sonar eso como esho y dicen como dishen. Todas ríen, se burlan, imitan a Verónica imitando el acento de la calle: ya entonces, según Verónica tienes que poner un atado de sábila y cinta roja sobre la puerta. Y una herradura. Sí, y un espejo chino al lado para que se reflejen los malos espíritus. Y quema palo santo para hacer sahumeros —shaumerios—. Y barre para afuera. Y elefantes. Y velas blancas. Y escupe aguardiente. Y pon un buda con una fuentita de agua. Y un altar con velas en la entrada. Y prende inciensos —inshienshos—. Y amárrate una cinta roja con una piedra en la muñeca, que Verónica te va a ojear, ¿no ves que ella es medio bruja? Es bruja y media.

Verónica también ríe. Las cosas no han cambiado desde el colegio: la

que es más morena, de origen extranjero o más dudoso, hija de padres divorciados, que tiene que compartir cuarto con la hermana; la que es, en definitiva, distinta, tiene que ganarse el derecho a una silla. Algo de bufón, de esbirro, de carroñero. Es fundamental que las haga reír con las cosas del populachado y que en ese populachado esté incluida ella misma: que sea un poco menos aristocrática, que esté dispuesta a hacer favores, incluso alguna que otra cosa doméstica cuando no hay suficientes muchachas y que, importantísimo, descuartice en primer lugar a la víctima elegida. Sí, que sea ella la que diga el nombre y el apellido, cómo, dónde y con quién. Es decir, mojarse la cara y las manos con la sanguaza y dejar despellejado y eviscerado al animal, al conocido, a la amiga que no está presente, para que las otras picoteen con palillos, el meñique enhiesto, el buen chismecito crudo.

Esa ansiedad tan disfrazada de desdén es un poco de opereta, pero ellas no se dan cuenta. Hablan y desgarran con fauces que limpian con lino a una que ha sido infiel, a un niño fuera del matrimonio, a un gay en el armario, a la que estrena cirugía plástica, a un marido en bancarrota, a la que ha subido tantísimo de peso, y no lo sueltan hasta que queda exangüe, vacío, puro pellejo, en el suelo de porcelana. Entonces se lo, se la, lanza a la pila de cadáveres que hay en todos esos salones climatizados. Pasan al siguiente. Esto se llama cafecito, inauguración de la casa, cumpleaños, piscinazo, velorio. Esto se llama reunión.

Ellas no se ven a sí mismas, pero si pudieran, si realmente existiera la posibilidad del desdoblamiento y pudieran mirarse, sentadas en esos sofás tan blancos, rodeadas de tanto lujo, devorando a la mujer que saludan tan cariñosamente en el supermercado, al mejor amigo del marido, al compañero del colegio de los hijos que no se comporta como un hombrecito, se cortarían la lengua, tendrían que hacerlo, y luego ponerla a secar como el cacao y llevarla al cuello: un colgante, un recordatorio de la propia podredumbre. Pero las cosas siguen igual. La gente no es capaz de verse a sí misma y ese es el principio de todos los horrores.

Verónica siempre fue la aceptada con condiciones en el grupo, la de la manga larga para ocultar unos brazos muy peludos, más morenos, la que en las vacaciones estuvo en casa de los abuelos y no en un internado a diez mil kilómetros aprendiendo francés, la que a veces repetía vestido y todas la veían en las fotos con el mismo vestido en dos o tres fiestas y no decían nada, pero sabían que alguien que repite ropa tiene una función en el grupo:

esforzarse por divertirlos. Ahora, la noche está complicada porque del suicidio de la gordita del centro comercial ya han pasado unos meses y no hay novedades, del embarazo de la que fue compañera del colegio y de la paternidad de esa criatura y de que llevaban años siendo amantes y de que pobre la esposa, pero también qué tarada si lo sabía todo el mundo, se habló hasta la extenuación física, así que después de un repaso general, todas empiezan a ponerse nerviosas y a mirar al techo porque no hablar de los demás significa tener que hablar de una misma y después de mostrar la casa hasta el patio y el área de la piscina, de alabarse la piel, el pelo, las sandalias, las bellezas de collares que hace una sobrina, las tartaletitas de salmón ahumado, no queda mucho que decir de lo que se puede decir.

Alguien tiene que romper ese silencio, ese silencio que tal vez dura un par de segundos, pero que atraganta como un océano embutido a la fuerza en la garganta. Algo de lo que no se debería hablar, y todas tienen de eso, podría escaparse. Además, el silencio no es bueno porque da un margen para pensar en que estar juntas, una tarde de amigas, consiste en trinchar y descuartizar a otra gente, en empalzarla frente a tus ojos para observar sus porquerías y que este mismo gesto, el de buscar la siguiente víctima, se está repitiendo detrás de decenas de puertas gigantescas, dobles, de nogal o metalizadas. Son exactamente iguales. Hay otras mujeres, en otros salones, quizás pensando en tu historia, en ti. Hay otras mujeres con tu nombre en la boca.

Natividad Corozo, Coro, como la bautizó quién sabe qué empleadora hace quién sabe cuánto tiempo porque no le gustaba el nombre Natividad y porque qué carajos, es mía, le puedo poner como quiera, entra en la sala con la discreción de una lagartija, incompatible para una mujer de su envergadura, de su planta. Una incongruencia de la naturaleza solo explicable por años de años de trabajo doméstico que van, como los zapatos que atrofiaban y rompían los pies a las niñas chinas, creando deformidades tan extrañas como que una mujerísima como Natividad Corozo pueda resultar invisible. Se acerca a María del Pilar y le dice algo al oído. Ella da un soplando de impaciencia y le pide que le traiga la cartera. Después se disculpa con las amigas: que mi marido no le ha dejado pagando, claro, salió tan rápido, él, tan pensando en otra cosa, él, y Coro ya se tiene que ir o no sé qué. Perdón chicas, cosas de empleadas. Coro vuelve. Una efigie africana vestida con un uniforme blanco, de tela burda y mal diseñado, que se le abre en el pecho y que parece reventar en las caderas y las nalgas, mientras que en la cintura se

pliega por todos lados. Lo único que ninguna señora le ha podido quitar en más de treinta años de servicio doméstico es el pañuelo rojo en la cabeza. La amenaza se emite enmascarada por un es por su bien: ay señorita, es que se me cae el pelo y a veces, cuando estoy cocinando, si no llevo el pañuelo, van a parar estos pelos míos tan negros a la olla. A Coro, por supuesto, no se le cae el pelo.

María del Pilar no tiene suelto y todas rebuscan en las carteras para cambiarle el billete. Finalmente no hay, todas tienen el mismo billete, grande, y eso les parece graciosísimo, de un gracioso tremendo, y Coro se va a su casa, a pasar el fin de semana libre del mes, con la mitad del sueldo y que vaya y gracias señorita.

Cuando Coro sale, todas hablan de ella, que si no es raro tener una mujer tan, ¿cómo decir?, negra, trabajando en la casa, que si no huele distinto porque ellos huelen distinto y que qué simpática con su pañuelo que parece la Aunt Jemima, la negrita de la marca de sirope para los pancakes y que qué moderna la María del Pilar dejando a la empleada ponerse accesorios, pero que queda bien, como exótico, y que cuánto le pagas y que qué barbaridad yo a la mía le pago más, ah, me está viendo la cara de boba, puede ser, y ahora estas dicen que hay que afiliarnos y pagarles vacaciones, enfermedad, todo eso y yo, no es que diga que no, porque son seres humanos, pero cómo, pues, ¿cómo se les paga? Es que es bastante. Sí. Es mucho. Ya mismo quieren que les demos masajes en los pies. Y pausa para el café. No pues, no puede ser, ¿qué? ¿Vamos a trabajar para pagar la empleada? No es justo, si uno tiene empleada es porque la necesita y yo a la mía la trato superbién, le doy ropa, ropa para los hijos, la comida, el cuarto, sus cosas de aseo, o sea, todo, ¿a mí quién me da? Nadie. A mí nadie me regala nada y yo estoy que doy, doy y doy. Sí, es verdad, encima que uno tiene una para cada cosa, no es que les da todo el trabajo, uno es humana, que yo tengo una que me viene a planchar y la otra que cuida a los niños. Demasiado consentidas están estas mujeres, mira a la tuya que hasta su lindo uniforme le das, pero como está tan gorda los rompe todos.

La luz automática del patio salta mientras alguien cuenta otra vez la anécdota de que no sé quién encontró a una de sus muchachas durmiendo la siesta y le echó un vaso de agua en la cara y la chica ni se despertó del todo, se dio la vuelta y le pidió cinco minutitos más. Qué molestia, la luz automática tan sensible, salta por todo y como en esta tierra hay tanto bicho,

tanto animal, se dispara a cada rato, no se puede ni dormir. Todas tenemos ese problema que es terrible. La luz se apaga y al rato se enciende de nuevo. Pasa siete veces, habrá que salir a ver. Salen todas muertas de la risa de los cocteles y la aventura: salir al patio a ver qué hace disparar la luz automática. María del Pilar agarra el recogehojas de la piscina y lo empuña como una lanza. Es graciosísimo todo: las sandalias de plataforma, el conjunto de lino claro, la mano con anillos, el recogedor como arma. Alguna toma fotos. Dando bandazos, un rabo extraño, que termina en punta, se esconde en el césped. Es una rata. Es una culebra. Es una iguana. Rata. Iguana. Culebra. María del Pilar, dispuesta a descabezar con el recogehojas a cualquier ser vivo, mueve las plantas para que el bicho salga, pero no sale nada. Qué aburrido. De pronto por allá se mueve algo. Cazadoras, van. Una hilerita de señoras que vistas desde muy arriba parecerían una procesión de hormigas rubias. La cosa se ha metido en el cuarto de la empleada. Entran.

Primero, el olor. Allí huele a monedas muy usadas, a moho, a curtiembre de cueros viejos, algo agrio, guardado húmedo en un armario del trópico. El cuarto es el armario. No hay ventanas y mide lo que un autobús. El retrete está tan cerca de la cama, separado por una cortina de corazones de las de ducha, que alguien cagando y alguien durmiendo podrían estar tomados de la mano. Un calendario con una foto de pollitos en la pared izquierda y en la derecha un espejo sin marco, en el techo una bombilla sin lámpara. El tour no suponía llegar hasta ahí, pero la excitación las infantiliza y, sin decirlo, deciden ser lo que no suelen ser: otras. Abren cajones, se ponen la ropa de Coro, de Natividad Corozo, por encima, alguna se mete un almohadón dentro del pantalón y baila moviendo sus nuevas nalgas, otra coge una camiseta roja y se la pone como pañuelo en la cabeza, se toman fotos imitando a Coro. Esta frota los labios, la de allá finge que barre, la otra que limpia el espejo, la de las nalgas postizas imita a una negra, lo que ella cree que es imitar a una negra, exigiendo el sueldo completo con las manos en las caderas porque se va de fin de semana a bailar salvaje y a comer coco. Qué gracioso es todo.

De entre las cosas que mueven cae al suelo un insecto peludo, grande, algo así como una tarántula. Salen todas gritando, empujándose, niñas borrachas corriendo asustadas y también sonrientes. Tiran los vestidos de Coro, de Natividad Corozo, al suelo, a la piscina y también, por qué no, a Verónica que ha permanecido afuera, de brazos cruzados, por no querer

participar de eso o por vigilar la entrada. Las risas ya son aullidos primitivos. Verónica sale a la superficie a tomar aire y una de ellas le vuelve a hundir la cabeza. No es ahogarla, es divertido. La luz automática, con su pilotillo de lucecitas rojas, como dos ojos, se prende y se apaga sin descanso. Las palmeras proyectan sombras que se mueven: monstruos nadando en la piscina. En el club, porque suena lejos, hay una fiesta y es la hora de los ritmos tropicales. Todo parece participar del vicio. En el fondo de la piscina, Verónica ve el mismo rabo de antes, ese filudo rabo negro, meterse por el filtro. Cada vez que trata de salir a tomar aire, alguien le hunde la cabeza.

María del Pilar, con el recogehojas, vuelve a entrar al cuarto del servicio y empieza a aplastar salvajemente al bicho que está en el suelo. La bombilla, a la que ha dado un golpe, baila de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. Tal vez ya lo estaba, pero seguro que después de treinta palazos está muerto. Mientras mata al animal piensa que es la primera vez que lo hace, matar, que siempre se encargaba de cosas así su padre, su empleada, su marido. Pero el padre está muerto, la empleada se fue y el marido está quién sabe dónde con ella sí sabe quién. Pero seas como seas no se necesita nada para matar, solo una enorme voluntad de hacerlo. Escenas del marido sentado, de piernas abiertas, con esa mujer chupándole el sexo, el sonido, el chapoteo desesperado de la felación, se mezclan con el olor a polvo, cera caliente y cítrico podrido, con la visión de los pollitos del calendario, con su propia cara, roja, salvaje, desfigurada por la ira, en el espejo sin marco.

Afuera las chicas juegan. Verónica trata de nadar, pero la acorralan, son muchas, en todas las esquinas de la piscina. Vamos, es tuya, cuidado por allá, que no se te escape. La luz automática, potentísima, como de interrogatorio, se va y vuelve, se va y vuelve, haciendo un ruido metálico y entre eso y el chapoteo apenas se escucha el gemido de Verónica que parece decir ya está, amigas, ya en serio.

María del Pilar ha destrozado la bombilla con el palo del recogehojas y usa el celular para iluminar a la araña muerta. Da un grito justo en el momento en el que alguna vuelve a meter la cabeza de Verónica en la piscina. Todas corren y se encuentran a María del Pilar horrorizada, mirando una cosa que tiene en la mano: es una muñeca hecha con pelo rubio, su pelo rubio, atada con cintas rojas en las que está escrito su nombre. La obligan a tirarla al retrete y desaguar. La abrazan, la consuelan, dicen brujerías, mentira, no creas en eso, pareces boba, todo eso es cuento de empleadas. Y

María del Pilar llora a gritos porque ha mirado a su muñeca y su muñeca le ha devuelto la mirada.

Qué tonterías, Pili.

Salen todas. Van a volver a entrar a la casa, se van a tomar otro coctel y van a reírse de esto.

Se activa la luz como una guillotina. En la superficie del agua, abierta de piernas y brazos, el cuerpo de Verónica flota a la deriva.